

- 1) **Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**
- 2) **Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

Hemos venido preparándonos para la Navidad, ¿habremos logrado encontrar el clima espiritual propicio, el tono anímico familiar requerido, la sintonía comunitaria necesaria para que esta Navidad no sea una más en nuestras vidas? Lo compartimos

ORACION COLECTA

**“Señor, derrama tu gracia en nuestros corazones,
y ya que hemos conocido por el anuncio del Ángel la Encarnación de tu Hijo Jesucristo,
condúcenos por su Pasión y su Cruz, a la gloria de la resurrección”**

El que vive y reina y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

(la formulación de esta oración está tomada del nuevo Misal traducido y editado para Argentina)

- 3) **Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

Lc 1,39-45

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

- 4) **La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

- 5) **Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

La escena es conmovedora. Lucas crea la atmósfera de alegría, gozo y alabanza que ha de acompañar el nacimiento de Jesús. La vida cambia cuando es vivida desde la fe. Acontecimientos como el embarazo o el nacimiento de un hijo cobran un sentido nuevo y profundo.

Todo sucede en una aldea desconocida, en la montaña de Judá. Dos mujeres embarazadas conversan sobre lo que están viviendo en lo íntimo de su corazón. No están presentes los varones. Ni siquiera José, que podía haber acompañado a su esposa. Son estas dos mujeres, llenas de fe y de Espíritu, quienes mejor captan lo que está sucediendo.

María saluda Isabel. Le desea todo lo mejor ahora que está esperando un hijo. Su saludo llena de paz y de gozo toda la casa. Hasta el niño que lleva Isabel en su vientre salta de alegría. María es portadora de salvación, pues lleva consigo a Jesús.

Hay muchas maneras de saludar a las personas. María trae paz, alegría y bendición de Dios. Lucas recordará más tarde que es eso precisamente lo que su Hijo Jesús pedirá a sus seguidores: en cualquier casa que entren, digan primero: Paz a esta casa.

Desbordada por la alegría, Isabel exclama: Bendita Tú... Dios está siempre en el origen de la vida. Las madres, portadoras de vida, son mujeres bendecidas por el Creador: el fruto de sus vientres es bendito. María es la bendecida por excelencia: con ella nos llega Jesús, la bendición de Dios al mundo.

Isabel termina exclamando: Dicho tú, que has creído. María es feliz porque ha creído. Ahí radica su grandeza, e Isabel sabe valorarla. Estas dos madres nos invitan a vivir y celebrar desde la fe el misterio de Dios encarnado en Jesús.

Feliz el pueblo en el que hay madres creyentes, portadoras de vida, capaces de irradiar paz y alegría. Feliz la Iglesia en la que hay mujeres bendecidas por Dios, mujeres felices que creen y transmiten fe a sus hijos e hijas.

La visita de María a Isabel permite al evangelista Lucas poner en contacto al Bautista y a Jesús, antes incluso de haber nacido. La escena está cargada de una atmósfera muy especial. Las dos van a ser madres. Las dos han sido llamadas a colaborar en el plan de Dios. No hay varones. Zacarías ha quedado mudo. José está sorprendentemente ausente. Las dos mujeres ocupan toda la escena.

María, que ha llegado aprisa desde Nazaret, se convierte en la figura central. Todo gira en torno a ella ya su Hijo. Su imagen brilla con unos rasgos más genuinos que muchos otros que le han sido añadidos a lo largo de los siglos a partir de advocaciones títulos alejados de los evangelios.

María, la madre de mi Señor. Así lo proclama Isabel a gritos y llena del Espíritu Santo. Es cierto: para los seguidores de Jesús, María es antes que nada la Madre de nuestro Señor. De ahí arranca toda su grandeza. Los primeros cristianos nunca separan a María de Jesús. Son inseparables. Bendecida por Dios entre todas las mujeres, ella nos ofrece a Jesús, fruto bendito de su vientre.

María, la creyente. Isabel la declara dichosa porque ha creído. María es grande no simplemente por su maternidad biológica, sino por haber acogido con fe la llamada de Dios a ser Madre del Salvador. Ha sabido escuchar a Dios; ha guardado su Palabra dentro de su corazón; la ha meditado; la ha puesto en práctica cumpliendo fielmente su vocación. María es Madre creyente.

María la evangelizadora. María ofrece a todos la salvación de Dios, que ha acogido en su propio Hijo. Esa es su gran misión y su servicio. Según el relato, María evangeliza no solo con sus gestos y palabras, sino porque allá a donde va lleva consigo la persona de Jesús y su Espíritu. Esto es lo esencial del acto evangelizador.

María, portadora de alegría. El saludo de María comunica la alegría que brota de su hijo Jesús. Ella ha sido la primera en escuchar la invitación de Dios: alégrate... El Señor está contigo. Ahora, desde una actitud de servicio y ayuda a quienes la necesitan, María irradia la Buena Noticia de Jesús, el Cristo al que siempre lleva consigo. Ella es para la Iglesia el mejor modelo de una evangelización gozosa.

Pascal se atrevió a decir que nadie es tan feliz como un cristiano auténtico. Pero, ¿quién lo puede creer hoy? La inmensa mayoría piensa más bien que la fe poco tiene que ver con la felicidad. En todo caso habría que relacionarla con una salvación futura y eterna que queda muy lejos, pero no con esa felicidad concreta que ahora mismo nos interesa.

Más aún. Son bastantes los que piensan que la religión es un estorbo para vivir la vida de manera intensa, pues empequeñece a la persona y mata el gozo de vivir. Además, ¿por qué iba a preocuparse un creyente de ser feliz? Vivir como cristiano, ¿no es fastidiarse siempre más que los demás? ¿No es seguir un camino de renuncia y abnegación? ¿No es, en definitiva, renunciar a la felicidad?

Lo cierto es que los cristiano no parecen mostrar con su manera de vivir que la fe encierre una fuerza decisiva para enfrentarse a la vida con dicha y plenitud interior. Muchos nos ven más bien ven a los creyentes como personas más encadenadas que liberadas por Dios.

¿Qué ha sucedido? ¿Porqué se habla tan poco de felicidad en las Iglesias? ¿Porqué muchos cristianos no descubren a Dios como el mejor amigo de su vida?

Como ocurre tantas veces, parece que también en el movimiento de Jesús se ha perdido la experiencia original que al comienzo lo vivificaba todo. Al enfriarse aquella primera experiencia y al acumularse luego otros códigos y esquemas religiosos, a veces bastante extraños al Evangelio, la alegría cristiana se ha ido apagando.

¿Cuántos sospechan hoy que lo primero que uno escucha cuando se acerca a Jesús es una llamada a ser feliz y a hacer un mundo más dichoso? ¿Cuántos pueden pensar que lo que Jesús ofrece es un camino por el que podemos descubrir una alegría diferente que puede cambiar de raíz nuestra vida?

¿Cuántos creen que Dios busca solo y exclusivamente nuestro bien, que no es un ser celoso que sufre al vernos disfrutar, sino alguien que nos quiere desde ahora dichosos y felices?

Estoy convencido de que una persona está a punto de tomar en serio a Jesús cuando intuye que en él puede encontrar lo que todavía le falta para conocer una alegría más plena y verdadera. El saludo a María puede extenderse de alguna manera a todo creyente. A pesar de las incoherencias y la infidelidad de nuestras vidas mediocres, dichoso también hoy el que cree desde el fondo de su corazón.

Estamos viviendo unos tiempos en los que cada vez más el único modo de poder creer de verdad va a ser para muchos aprender a creer de otra manera. El Card. Newman anunció esta situación cuando advertía que una fe pasiva, heredada y no repensada acabaría entre las personas cultas en indiferencia, y entre las personas sencillas en superstición. Es bueno recordar algunos aspectos esenciales de la fe.

La fe es siempre una experiencia personal. No basta creer en lo que otros nos predicán de Dios. Cada uno solo cree, en definitiva, lo que de verdad cree en el fondo de su corazón ante Dios, no lo que oye decir a otros. Para creer en Dios es necesario pasar de una fe pasiva, infantil heredada, a una fe más responsable y personal. Esta es la primera pregunta: ¿yo creo en Dios o en aquellos que me hablan de él?

En la fe no todo es igual. Hay que saber diferenciar lo que es esencia y lo que es accesorio, y, después de veinte siglos, hay mucho de accesorio en nuestro cristianismo. La fe del que confía en Dios está más allá de las palabras, las discusiones teológicas y las normas eclesiásticas. Lo que define a un cristiano no es el ser virtuoso u observante, sino el vivir confiando en un Dios cercano por el que se siente amado sin condiciones. Esta puede ser la segunda pregunta: ¿confío en Dios o me quedo atrapado en otras cuestiones secundarias?

En la fe lo importante no es afirmar que uno cree en Dios, sino saber en qué Dios cree. Nada es más decisivo que la idea que cada uno se hace de Dios. Si creo en un Dios autoritario y justiciero terminaré tratando de dominar y juzgar a todos. Si creo en un Dios que es amor y perdón viviré amando y perdonando. Esta puede ser la pregunta: ¿en qué Dios creo yo: en un Dios que responde a mis ambiciones e intereses o en el Dios vivo revelado en Jesús?

La fe, por otra parte, no es una especie de "capital" que recibimos en el bautismo y del que podemos disponer para el resto de la vida. La fe es una actitud viva que nos mantiene atentos a Dios, abiertos cada día a su misterio de cercanía y amor a cada ser humano.

María es el mejor modelo de esta fe viva y confiada. La mujer que sabe escuchar a Dios en el fondo de su corazón y vive abierta a sus designios de salvación. Su prima Isabel la alaba con estas palabras memorables: Dichosa Tú, que has creído! Dichoso también tú si aprende a creer. Es lo mejor que te puede suceder en la vida.

Uno de los rasgos más característicos del amor cristiano es saber acudir junto a quien puede estar necesitando nuestra presencia. Ese es el primer gesto de María después de acoger con fe la misión de ser madre del Salvador. Ponerse en camino y marchar aprisa junto a otra mujer que necesita en esos momentos su ayuda.

Hay una manera de amar que hemos de recuperar en nuestros días, y que consiste en acompañar a vivir a quien se encuentra hundido en la soledad, bloqueado por la depresión, atrapado por la enfermedad o, sencillamente, vacío de alegría y esperanza.

Estamos consolidando, entre todos, una sociedad hecha solo para los fuertes, los agraciados, los jóvenes, los sanos y los que son capaces de gozar y disfrutar de la vida.

Estamos fomentado así lo que se ha llamado el segregatismo social. Juntamos a los niños en las guarderías, instalamos a los enfermos en las clínicas y hospitales, guardamos a nuestros ancianos en asilos y residencias, encerramos a los delincuentes en las cárceles y ponemos a los drogadictos bajo vigilancia...

Así todo está en orden. Cada uno recibe allí la atención que necesita, y los demás nos podemos dedicar con más tranquilidad a trabajar y disfrutar de la vida sin ser molestados. Procuramos rodearnos de personas sin problemas que pongan en peligro nuestro bienestar, y logramos vivir bastante satisfechos.

Solo que así no es posible experimentar la alegría de contagiar y dar vida. Se explica que muchos, aun habiendo logrado un nivel elevado de bienestar, tengan la impresión de que la vida se les está escapando aburridamente entre las manos.

El que cree en la encarnación de Dios, que ha querido compartir nuestra vida y acompañarnos en nuestra indigencia, se siente llamado a vivir de otra manera.

No se trata de hacer cosas grandes. Quizá sencillamente, ofrecer nuestra amistad a ese vecino hundido en soledad, estar cerca de ese joven que sufre depresión, tener paciencia con ese anciano que busca ser escuchado por alguien, estar junto a esos padres que tienen a su hijo en la cárcel, alegrar el rostro de ese niño triste marcado por la separación de sus padres.

Este amor que nos lleva a compartir las cargas y el peso que tiene que soportar el hermano es un amor salvador, porque libera de la soledad e introduce una esperanza nueva en quien sufre, pues se siente acompañado en su aflicción.

6) En este momento, entretrejiendo palabras, pensamientos, silencios MEDITAREMOS JUNTOS todo lo que Dios nos ha ido sugiriendo e incluso nos sugerirá ahora

7) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga

A cada intención respondemos

8) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario

- ¿Cómo podemos hacer para poner de relevancia, hacer mas visible y valorable el puesto de la mujer en la Iglesia de hoy ya que aprendimos como lo fue en la Historia de Salvación que Dios hizo en medio de un pueblo concreto?: María e Isabel. ¿Qué propuestas tenemos?
- Transmitamos a todos los motivos de verdadera alegría que nos propone el Evangelio
- El Card. Newman advertía que una **fe pasiva, heredada y no repensada** acabaría entre las personas cultas en **indiferencia**, y entre las personas sencillas en superstición: propongamos tres acciones para combatir esto
- Propongamos los Grupos de Jesús como experiencia de volver a lo original, de una fe activa, de una fe pensada, de una fe reflexionada, de una fe rezada, de una fe compartida, de una fe vivida

ESTE ES NUESTRO REGALO AL NIÑO JESÚS.